

MIGUEL ARTECHE

P O E M A S

SOLILOQUIO DE LA ENAMORADA EN LA NOCHE

*Reconozco los vestigios de la antigua llama*

VIRGILIO

---

Pero ayer no fue tu tiempo. Tu tiempo comenzaba  
detrás de la oscuridad, en las doradas  
tumbas de algún otoño. Porque tu tiempo  
no es el de ayer, ni siquiera será el que me arranques  
el día de la mirada.

Pasé yo junto a ti,  
y te miraba. Y era el tiempo del amor.

Las calles en que no estás se han tornado vacías;  
la alegría furiosa estalla en el pavimento;  
brotan las extrañas flores de los rostros  
recibiendo los chorros de luz gloriosa, y en la tarde  
la juventud es inmortal bajo la cólera de la vieja primavera.  
Y tiemblo al recordarte (escucho siempre tus palabras);  
temblaba cuando abandonaste tu mano sobre mi vientre,  
porque me sentía herida: y eran tus palabras  
las que me penetraban. Y era el tiempo del amor.

Ay, el tiempo del amor está perdido,  
y no tengo raíz que me haga renacer,  
y no puedo despedirme entre estas cuatro paredes muertas.  
Ay, el tiempo del amor derrotado, el minuto del viento que pregunta  
fluyen en mí, manan en mi cuerpo como los ríos de la primavera:  
y estoy despierta en la noche mientras el cielo arde desde que  
[amanece y la gloria de abril aúlla afuera.

Todo era hermoso entonces. Estabas  
siempre partiendo de ti mismo y yo partía  
de ti para encontrarme.

Si te inclinabas,  
el agua del amor me borraba los ojos. Si te inclinabas era  
como si tu vientre se uniera con el mío dentro del vientre de tu madre.  
Y yo no hacía sino quemarme interminablemente,  
y mirando todo el mundo pasar ante mis ojos  
tú entrabas en mi muerte, mudo, y la penetrabas.  
Entonces, cuando te inclinabas sobre mi cuerpo,  
y cuando mi cuerpo era tu agricultura solitaria.  
¿Es él el que regresa preguntando cuánto ha durado el tiempo y  
[cuántos siglos espero?

Yace en otro país, y otro tiempo late para él, otro tiempo distinto  
[del mío;  
duerme mientras yo camino y converso con otras personas,

y yo no puedo estar en ninguna de esas cosas,  
y no es él el que vuelve sino la lluvia que amenaza a la capital desde  
[el norte,  
junto con los millones de miradas a las cuales estremece el repentino  
[otoño que ha llegado.

¿Quién llama, amor mío, desde las torres de los edificios altivos?  
¿Eres tú el que pregunta en el silencio de la noche?  
Los pasos se alejan por la calle y los muros envejecidos,  
y no eres tú el que regresa:  
porque sólo se tienden sobre mi rostro desierto todas las insignias  
del amor derrotado,  
y nada queda en mi corazón sino los ecos que repiten largamente las  
[campanas de la oscuridad.